



Así como se vive se muere.
La experiencia de la muerte en los pentecostales en el Estado de Veracruz
As well as it is lived dies.
The experience of the death in the pentecostales in the State of Veracruz

Felipe Vázquez¹

Recibido el 10.09.09. Aceptado el 25.2.09

*Yo sé que mi redentor vive
 Y después de deshecha esta piel,
 Aun he de ver en mi carne a Dios.
 Libro de Job 19:25-26.*

Resumen

El presente trabajo, intenta relacionar los diferentes modos de morir con las diferentes formas de vivir que he percibido en los creyentes pentecostales. Los modelos se construyen con base en las circunstancias y situaciones en que el morir se presenta y de acuerdo con los testimonios que los familiares, hermanos en la fe, amigos y vecinos ofrecen de la vida del ahora difunto.

Palabras claves: Modos de morir, formas de vivir, pentecostalismos.

Abstract

This work attempts to link different modes of death with different ways of living that I have received in the Pentecostal believers. The models are built based on the circumstances and situations where the death is presented in accordance with the testimony that the family, brothers in faith, friends and neighbors offered the life of the now defunct.

Key words: modes of death, ways of living, Pentecostalism,

El contexto donde estoy parado

El punto de partida de este trabajo son las descripciones hechas por familiares de personas pentecostales difuntas, así como por medio de diversos seguimientos de cursos de vida, comentarios y reflexiones que esos mismos familiares hacen sobre la experiencia de perder a un ser querido.

Parto de que a la muerte² no sólo es posible definirla desde el punto de vista médico, psicológico y teológico, sino viéndola también como un hecho sociocultural que da lugar a conjuntos complejos de representaciones e interacciones sociales, donde las creencias religiosas tienen uno de los papeles más importantes, pues provocan comportamientos, actitudes, conductas y ritos codificados más o menos rigurosamente, según los casos, los lugares y los momentos.

El trabajo de campo se está llevando a cabo desde diciembre de 1997 a mayo de 1999, en la ciudad de Xalapa y municipios conurbados, con 40 familias afiliadas a agrupaciones denominadas pentecostales. La investigación forma parte de un estudio más amplio en el centro de Veracruz, que se está realizando en el Ciesas-Golfo en México.

Respecto a la membresía de dichos grupos pentecostales y la composición de las 40 familias entrevistadas que tomé como muestra para recabar información, podemos señalar lo siguiente: las agrupaciones se caracterizan por tener entre 30 y 100 miembros, unas se identifican como MIEPI (Movimiento de Iglesias Evangélicas Pentecostales Independientes), otras como Asambleas de Dios y algunas más como Centros Cristianos y "misiones". Aunque estas dos últimas no reconocen una adscripción directa con alguna denominación establecida, su organización y liturgia son de corte pentecostal.³ Dentro de estas agrupaciones existe un porcentaje considerable de niños entre los 5 y los 13 años de edad, así como un sector pequeño pero significativo de personas de edad avanzada (más de 60 años). El grueso de la población está constituido por personas cuyas edades fluctúan entre 20 y 40 años.

Un elemento digno de resaltar es que la mayor parte de estas congregaciones se han constituido recientemente, durante un periodo que viene de 1975 a la fecha y que coincide con la llegada de inmigrantes rurales de muy escasos recursos, procedentes principalmente de los municipios aledaños a la ciudad capital, atraídos hacia ésta por el aumento de los precios del café y la caña y por la apertura de centros comerciales y de servicios construidos a lo largo de todos esos años. Desgraciadamente, el grado de industrialización de la capital del estado de Veracruz es relativamente bajo y las fuentes de trabajo son muy escasas, por lo que los miembros de estas agrupaciones tienen que conformarse con ser incluidos en actividades terciarias o de servicios, que están demasiado saturadas y mal pagadas. Consecuentemente, el 85% de la población pentecostal con que trabajé vive en condiciones de segregación. A esta situación hay que agregar que el 9% carece de estudios, sólo el 51% pudo concluir su educación básica y más del 39.8% no pudo terminarla. Además un 11% de las familias son incompletas (en ellas sólo existe un cónyuge, generalmente la madre y los hijos; en estos casos la mujer asume toda la responsabilidad económica), un 32% son familias extensas, es decir, hermanos, tíos, sobrinos, abuelos o parientes de alguno de los cónyuges, que por razones

principalmente económicas conviven bajo el mismo techo, algunas veces por un tiempo indeterminado, y contribuyen con el gasto familiar. Un 57% son familias nucleares, constituidas usualmente por parejas jóvenes con uno o más hijos. Aproximadamente un 47% son familias “mixtas”, familias donde no todos los miembros son pentecostales⁴.

Durante el trabajo de campo asumí el papel de observador y simpatizante de sus prácticas religiosas. Traté de intimar lo más posible con las familias que me abrían las puertas de sus casas para platicarme durante varias horas y sesiones acerca de sus parientes difuntos. La mayoría de las veces expresé de manera cautelosa mis reacciones ante lo que me contaban, otras veces no tuve que contenerme o fingir pesar o tristeza por ello y simplemente me dejaba envolver en la atmósfera que el informante propiciaba, mostrando respeto y solemnidad ante todo lo que se me mostraba. Cabe mencionar que lo escuchado y vivido en este trabajo de campo, rebasa en mucho la forma en que se presentan los resultados, esto es solo un astillita del cúmulo de experiencias que recibí no sólo como antropólogo sino como ser humano.

La religión y la muerte

El binomio religión/muerte ha sido considerado desde los clásicos como una gran fuente de inspiración especialmente religiosa., Tylor por ejemplo ve a la muerte como el enigma que impulsaba a todo ser humano hacia una conducta religiosa o animista⁵. Lévy Bruhl llega a la conclusión que la muerte no es considerada por los australianos, un proceso natural, sino una interferencia provocada por poderes sobrenaturales, mágicos de los enemigos. Afirmaba, que esta concepción se puede encontrar análogamente en los pueblos civilizados. Malinowski planteaba que la muerte y su negación –la inmortalidad–, siempre han constituido la temática más conmovedora de los presentimientos del hombre. Marx afirmaba que el poder de la religión reside en su capacidad para crear imágenes (“ilusorias, aunque muy persuasivas”) de lo que aguarda al ser humano más allá de la muerte⁶. Freud en *Tótem y tabú*, anticipaba que el hombre al verse confrontado a la realidad de la muerte, no puede admitir su condición de realidad definitiva y por lo tanto construye modos imaginarios en los que su realidad pueda ser admitida al tiempo que su condición de realidad definitiva es rechazada.

En efecto, el hombre es el único entre los seres vivos que sabe que ha de morir, puede prever su final, tener conciencia de que puede producirse en cualquier momento y adoptar especiales medidas –como individuo o como grupo– para protegerse del peligro de aniquilamiento. Lo anterior, como dice Norbert Elias (1989:10) “...ha sido desde hace milenios la función central de la convivencia social entre los hombres, y lo sigue siendo hoy en día”. Indudablemente, la intensidad de las emociones que provoca, la incertidumbre sobre el destino de nuestras almas, bastan para explicar cómo y porqué el tema de la muerte está siempre presente en el discurso religioso y porqué lo religioso hace una frecuente referencia a la muerte.⁷

Religión y muerte se entrelazan fuertemente abriendo la imaginación acerca del modo en que puede ser posible la perpetuidad de la existencia, propiciando la esperanza de paraísos que ayudan a alcanzar la oportunidad y la liberación, o bien, afrontar el castigo o la derrota. Unamuno decía: todos los seres humanos sentimos un “ansia de no morir, un hambre de inmortalidad, un anhelo de eternidad.” Deseo que el hombre hizo posible a

través de la religión,⁸ pues con ella pudo aspirar a sobrevivir en este mundo con sus enfermedades y pesares, y extender sus límites hasta la inmortalidad.⁹ Pese a la familiaridad y vecindad que los conceptos de religión y muerte presentan en la antropología, la historia, la literatura, la psicología, la teología y el arte, entre otras, algunas veces aparecen como separados, incluso como antagónicos, o bien, se perciben como asuntos individuales o personales que se tratan a cierta distancia y otras veces como eventos comunitarios donde todos participan.

Y es que la muerte y la religión son manifestaciones socioculturales trasclasistas y ambiguas como cualquier otro fenómeno social, pero también cultural, percibido y vivido bajo una apariencia que debe servir para explicarlo y para justificarlo. De modo que no hay religión que no reserve un lugar central y pormenorizado al tema del destino post mortem, ni muerte que no sea ligada a creencias religiosas. Ambas son elementos importantes en nuestra sociedad¹⁰.

Hablar de muerte y religión nos remite a los procesos sociales centrales y valores culturales eslabonados fuertemente con la concepción cristiana de la vida, de la muerte y de la vida después de la muerte. Este es el ciclo normal en donde se inscribe el destino del creyente pentecostal. La contraparte se expresa en la idea de que cuanto más se aleje el creyente de Dios por el pecado, más disminuye no sólo su tiempo de vida aquí en la tierra, sino también la salvación de su alma hacia una vida eterna. Desde que Cristo triunfó sobre la muerte, ésta en vez de ser tristeza debe ser alegría, ya que es el proceso a la vida eterna. Deja de ser separación para convertirse en un reencuentro:

“Cara a cara espero verle más allá del cielo azul, cara a cara en plena Gloria he de ver a mi Jesús”.

“En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Evangelio de Juan 14:2-3

Morir es entregar lo que he sido, lo que soy y lo que seré, a quien me ha formado, cuidado y me ha llamado a morar con Él. Por ello a muchos fieles se les ha oído decir: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, “Padre, aquí estoy”, “Tú eres mi Padre y Salvador, yo pongo mi alma en tus manos”, “Dios acógeme en tu paz”.* Expresiones como las anteriores suponen tres cosas: la creencia en un Dios creador de todo cuanto existe, la certeza de la resurrección de los muertos y la seguridad de una vida perdurable. Luego entonces, la aceptación de la muerte para los pentecostales es entregarse plenamente en cuerpo y alma para continuar viviendo en la tierra prometida.¹¹ El principio de todo este esquema de pensamiento, se encuentra en el trozo bíblico que los pentecostales llaman *“el evangelio chiquito”*:

*“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas **tenga vida eterna**”.* Evangelio San Juan 3:16.¹²

En las manos de Dios está el respiro de los vivientes y la vida inacabable, nadie puede disponer de su propia vida. Esto hace que el suicidio sea un pecado imperdonable ante los ojos de Dios que es el dueño de la vida y de la muerte¹³.

Entre los pentecostales existen tres concepciones elementales de muerte. La primera es la muerte al pecado, “*es hacer morir al viejo Adán, la herencia del pecado en el cual nos concibió nuestra madre*”; es cuando el creyente decide alejarse del mundo corrupto y toda clase de libertinaje (adulterio, fornicación, iras, drogas, alcoholismo, mentiras, malos pensamientos, “deseos de la carne”,¹⁴ etcétera) y ser bautizado para el perdón de sus pecados y para nacer a una nueva vida en Cristo Jesús,¹⁵ donde obedecerá la palabra de Dios y aplicará fielmente sus enseñanzas.

La segunda concepción de la muerte se refiere a la muerte física, cuando la respiración se detiene y con la última exhalación se separa el alma del cuerpo. Si el creyente fue un hombre justo y entregó su vida a Dios y aceptó a Jesucristo como su único y suficiente salvador, su alma irá al cielo, al seno de Abraham,¹⁶ donde lo acompañarán todos los santos (hermanos y hermanas que han partido antes que él a la patria celestial) y sobre todo, el Padre Celestial. Pero si el creyente fue todo lo contrario a un hombre justo, su alma deberá atenerse al juicio divino:

*“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Libro de Daniel 12:2).*¹⁷

La tercera idea de muerte es la muerte eterna, también llamada *muerte segunda*, donde después del veredicto divino aquel que no se arrepintió de sus pecados sufrirá su castigo y condenación eterna.

Por todo lo anterior es que la vida terrenal debe ser una etapa de interiorización de principios, valores y prácticas, que los pentecostales asumen como una preparación constante para lograr la salvación de su alma.

Un pastor mencionaba en su mensaje lo siguiente: “...Cuantas veces vamos por la calle y vemos una carroza que circula lentamente seguida de varios coches y camiones, y sentimos una extraña sensación. Déjame decirte, que eso se debe a que no conocemos lo que es la muerte, no estamos familiarizados con lo que la BIBLIA dice. En ella, se nos prepara para encontrarnos con nuestro Dios, y te quiero hablar de eso, ¡Óyeme bien! Un 90% de nosotros no tendremos tiempo de arrepentirnos. Ay, Ay, Ay, y caemos muertos, o bien, cuantas historias sabemos de accidentes donde de pronto hubo una persona fallecida instantáneamente, la mayoría de las gentes mueren así, de repente. Cuando tu menos lo esperas, en ese momento llega la muerte. Hay personas que dicen hay me voy a morir, me voy a morir y se pasan toda la noche y el día quejándose y quejándose y ay que mal me siento, yo creo que ahora si me muero y nada. Nadie sabe el momento. ¡Oye bien!, No esperes hasta el último momento para estar a cuentas con tu Señor. Hebreos 9:27 nos habla de una cita que no podemos eludir, esta cita es con la muerte.” “... La Biblia dice que tú estas muerto en tus pecados y la única persona que puede resucitarte ¡Gloria a Dios! Es Jesucristo El le dijo a Lázaro “¡Sal fuera!” A Cristo no le importa cuánto tiempo tengas tú de estar muerto, o cuanto más o menos te creas pecador, tú estás muerto y sólo Jesucristo te puede

dar vida. Cristo te puede salvar, redimir. No importa que tan malo hallas sido, El es el único que puede dar vida a tu vida a tu espíritu y él quiere darte esa vida...”
“...Cristo quiere entrar a tu corazón, inclina tu rostro y haz esta oración conmigo. Cristo, reconozco que soy pecador, que estoy muerto por mis pecados, y tú eres el único que me puede dar vida y salvación para el día de mi muerte física, presérvame en la eternidad. Hoy te invito a entrar en mi corazón. Entra Cristo. Té acepto como mi único y suficiente salvador Amen. Gracias Cristo por haber entrado en mi corazón ¡Aleluuya! ...”

Salvar el alma, constituye el anhelo máspreciado de todo creyente pentecostal, porque representa el triunfo sobre la muerte y el pecado. Para los pentecostales hablar de muerte es hablar de un tránsito entre la vida terrenal y la vida ultraterrena, es pensar en una muerte vencida, ya que el triunfo de Cristo sobre la cruz se convierte en un triunfo sobre la muerte. Es también la prolongación de la comunión con Dios, simbolizada en el acto de amor más sublime que es la resurrección. Es por eso que la muerte no debe suscitar miedos, sino exaltación por la gloria que se espera. En otras palabras, al creyente le importa más el hecho de cómo va a vivir al lado de su Padre Celestial, que la idea de morir, como una realidad amenazadora y presente, al respecto un creyente me decía:

“El creyente está de tal manera unido a Dios, tan plenamente entregado a Él, que su vida ya no se desarrolla bajo el signo de la muerte, sino en el resplandor de la gloria divina”.

Como se podrá observar, las declaraciones expresadas por mis informantes se dan dentro de un contexto de confrontación no sólo consigo mismos, con el pecado, con el amor de Dios y su creación, sino también con su significación y consecuencias. Con base en este marco de referencia, el creyente recurre espontáneamente a un lenguaje rico en imágenes donde evoca las formas de morir y de vivir que a continuación expongo.

Los modos de morir y las formas de vivir

De acuerdo con nuestro trabajo de campo, los pentecostales muestran diversas formas de morir íntimamente relacionadas con las formas de vivir.¹⁸ En este sentido, se habla de la muerte edificante y la vida consagrada, la muerte del libertino y la vida pecadora, la muerte del arrepentido y la vida restaurada y la muerte negada o anónima y la vida insegura. Paso a etnografiar estas diversas situaciones.

La muerte edificante y la vida consagrada. Dado que la muerte no es el fin del ser querido, por duro que sea el morir o la pena del superviviente, la muerte no es fea ni temible. Es hermosa, esperada y algunas veces deseada. La asistencia a la ceremonia fúnebre o bien la presencia en el lecho de la muerte, es un acto de fe donde se muestra la fortaleza que Dios da a sus hijos para enfrentar estos tragos tan amargos. Para el creyente convencido de que ha llevado una vida de caridad y que cree en la resurrección, la muerte es un acto de obediencia a la voluntad de Dios que se acepta con serenidad. Es un espectáculo reconfortante, donde se muestran los lazos de solidaridad que los unen,¹⁹

donde los miembros se fortalecen entre sí con base en sus principios y valores bíblicos, mismos que forman su esquema de pensamiento.

Ante este tipo de muerte, los familiares, hermanos en la fe, amigos y vecinos se proponen resaltar las cualidades de la vida cristiana que el desaparecido cultivó en vida. Es en esos momentos cuando los allí presentes se esfuerzan por bordar un resumen bastante fino de lo que fue la vida del difunto, resaltando los puntos medulares que muestren a los demás el ejemplo de “fidelidad y consagración a la obra de Dios”. Los familiares hacen énfasis en aquellos momentos en que el moribundo o el difunto mostró su compasión y ayuda a los demás, el apoyo y protección o cuidado que procuró a sus familiares en las diferentes etapas y situaciones de la vida, la capacidad y sobre todo la constancia que le caracterizó en la realización de sus objetivos y propósitos.

Por otra parte, los hermanos en la fe recuerdan los momentos en que el difunto dio muestras de servicio y fidelidad a Dios, o bien, cuando logró *“alcanzar almas para Cristo”*. Algunos de los hermanos relatan la forma en que el difunto luchó por *“llevarlos a los pies de Cristo”* y aluden a su responsabilidad *“en la obra misionera”*. Por parte de los vecinos o los amigos hay comentarios respecto a su sinceridad, lealtad, amigabilidad y buen corazón. En fin, con la aportación de todos se construye una imagen prototípica que debe servir como ejemplo a los demás congregantes. Para la familia, obviamente, representa un orgullo tener un miembro de esta talla. En casos como éste, el duelo es muy concurrido y generalmente los líderes de las iglesias aprovechan la ocasión para hacer labor de proselitismo. Por lo general, este tipo de muerte es común entre las personas ancianas o adultas que han dejado alguna huella en la agrupación religiosa.

La muerte del libertino y la vida pecadora. Ésta es la muerte más fea, triste y temida que los pentecostales pueden concebir, pues aunque no se expresa abiertamente, hay un pesar en los familiares por el mal proceder que el difunto tuvo en vida, hay dolor en los familiares, especialmente en los creyentes, por el inminente destino del alma. El sentimiento de culpa será mayor si ellos no hicieron lo posible por ayudarlo al pecador a ver sus errores y, básicamente, por no haberle presentado el mensaje de salvación. En cambio, si de diversas maneras los familiares trataron de convencerlo de su mal proceder y él o ella nunca quiso enmendar sus errores, los cargos de conciencia no serán tantos. Cabe resaltar que es un deber para los creyentes pentecostales compartir el mensaje de salvación; cada uno de ellos es responsable de la salvación de sus familiares y de las personas con las cuales interactúa.

Entre los pentecostales son escasos los duelos con este tipo de muerte. Pero cuando es así, los asistentes casi no hablan, algunos de ellos “cuchichean” sobre ciertas acciones y el mal proceder del difunto en vida. El llanto es más recurrente y entre los familiares se experimentan situaciones de hondo pesar. En casos como éste, el pastor recalcará en su mensaje la importancia de estar preparado *“para cuando Dios nos llame”*. Generalmente son pocos los creyentes que asisten a este tipo de duelos, debido en parte a que el difunto o los familiares no se preocuparon antes por establecer una relación estrecha con los miembros de la agrupación; por eso es que al duelo sólo asisten familiares o personas muy allegadas a éstos.

Si el difunto fue un borracho, mujeriego, drogadicto, etc., la familia se sentirá avergonzada, sobre todo si sus amistades saben que es una familia pentecostal. En consecuencia, procurará que no se haga muy público el asunto; algunas veces hasta se prescinde de cultos o ceremonias religiosas y sólo se pide al pastor que eleve una oración para que Dios tenga misericordia por esa alma. Otras veces, los ritos funerarios se realizan

como de costumbre y se habla de la muerte como un hecho natural y, en este sentido, querido por Dios, pero no se escuchan testimonios donde se haga referencia al difunto. Para los creyentes pentecostales, aunque no se diga abiertamente, el difunto pecador tendrá ahora que enfrentar la justicia divina y pagar por sus culpas cometidas. Generalmente, este tipo de muertes es resultado de accidentes a causa del alcohol o las drogas, de imprevistos que no dejan tiempo para arrepentirse. Asimismo, este tipo de muertes son las que desaparecen más rápido de la memoria colectiva de los creyentes; es más, se evita hablar de ellas. Quienes mueren así pueden ser adolescentes, jóvenes, adultos o ancianos, destacándose el hecho de que la mayoría pertenecen al sexo masculino. En esta clasificación entran los que se suicidan y generalmente se trata de muertes violentas y sorpresivas.

La muerte del arrepentido y la vida restaurada.

Ésta es una de las muertes más comunes, pues la mayoría de los creyentes pentecostales cree vivir siempre en pecado, dado que está en el mundo y en éste siempre existe el peligro de contaminarse. Por ello, consideran que es necesario rendir cuentas a Dios constantemente y pedirle perdón. Incluso los últimos momentos de la vida constituyen una oportunidad inestimable para la mayoría de los creyentes, pues quieren estar libres de remordimientos, pesares y angustias. Consecuentemente, mediante un riguroso balance de sus vidas, minutos antes de su deceso, logran arrepentirse de todos aquellos actos que no estuvieron bien delante de Dios. Algunas veces, sobre todo si las circunstancias y su propia resistencia se lo permiten, el que agoniza comunica proyectos, ideas, decepciones e incluso disgustos y errores o pecados acumulados por los cuales hay que pedir perdón; hace recomendaciones, perdona, bendice y cobra ánimo para morir en paz. También si el tiempo lo permite y el moribundo lo pide, el pastor administra la Santa Cena, rito con el cual el creyente acepta la comunión con Dios, no sin antes ponerse a cuentas con Él y con sus semejantes. De esta manera, se purifica y se prepara *para “entrar en la presencia de su Señor”*.

A diferencia de los otras formas de vida y muerte, en ésta existe un pasado oscuro pero un final glorioso, porque se logra obtener la esperanza de estar con Dios, en el mismo grado que cuenta con ella un creyente de vida consagrada. Es por ello que el momento de la partida es trascendental para muchos, porque es en el último instante de la vida cuando logran comprender la hermosa perspectiva eternal que tienen por delante. Es en casos así, cuando los familiares gozan diciendo:

“A pesar de que fue un pecador, mi padre murió en el Señor”, “Mi hermano aceptó a Cristo al final de su vida”, “Mi hijo logró, como el ladrón en la cruz, estar con Él en el paraíso”.

Aquí, por lo general, los dolientes subrayan el hecho de que el difunto pidió perdón y lo asocian con remembranzas del pasado. En este contexto los familiares logran recobrar la esperanza y la confianza perdida entre ellos mismos y descubren nuevas formas de percibir y concebir el mundo y su lugar en éste. En la mayoría de los casos, esto implica el

establecimiento de nuevos papeles y la formación de un nuevo sentido y propósito en la vida.

En cuanto a la duración de la agonía en este tipo de muerte, encontré discrepancias entre los pentecostales, pues mientras unos prefieren una muerte rápida, prácticamente sin agonía, otros desean una agonía más o menos prolongada que les permita arrepentirse. Aunque más vale “Velad y orad, pues no sabéis ni el día ni la hora”, dice el texto sagrado (Mateo 24:42).

La muerte negada o anónima y la vida insegura.

Este tipo de muerte y vida generalmente se observa en creyentes cuya convicción cristiana no es lo suficientemente profunda o bien en quienes son de reciente ingreso en la congregación y son considerados sólo como simpatizantes. Debido a su novatez, tienen muchas inseguridades e incertidumbres en lo que a principios, normas y preceptos bíblicos se refiere. La relación espiritual tanto del difunto como de sus familiares en esta situación, se encuentra en proceso de transición, porque aunque hay una inclinación hacia la doctrina pentecostal, ésta no es aún tan fuerte como para llevar a cabo fielmente los rituales o asumir una actitud o comportamiento adecuado.

Por esta razón, es típico de los simpatizantes mostrar actitudes y formas de pensar discordantes respecto a ciertas normas y principios establecidos por el grupo pentecostal: puede que a la hora del duelo no acepten la muerte del familiar, que renieguen de los designios de Dios, e incluso, mezclen y evoquen doctrinas contrarias a la pentecostal como la reencarnación, la no existencia del infierno, etc. La desorganización y la desesperación pueden hacer presa fácil del simpatizante, por lo que el pastor y los demás miembros de la agrupación deberán apoyarlo en esta etapa compleja y difícil del proceso de duelo, que puede tardar meses, incluso años. Son personas ancianas quienes suelen, a la hora de los testimonios en el templo, ponerse a hablar de la tristeza que embarga su corazón por la pérdida de sus cónyuges. Debido a que la vida transcurre en un *impasse*, la muerte puede ser el parteaguas que cambie la vida de los familiares ya sea para que se acerquen a la iglesia y busquen con más ahínco la ayuda y dirección debida, o bien, se alejen y tomen distancia al no aceptar los mandatos y principios propios de la agrupación.

Discusión

Si bien todo creyente o no creyente está destinado a morir, la agrupación religiosa no, lo que provoca que la experiencia de la muerte sea vista en la agrupación como un proceso de retroalimentación, de enseñanza, donde a través de la muerte del otro se nos muestra la vida y el carácter propio de la perennidad como grupo y como individuos, así como el carácter propio de la destrucción y la amenaza latente del pecado y sus consecuencias. La muerte del otro (familiar, amigo, conocido, creyente o no creyente) es vivida por los miembros como una lección de nuestro ser común, en la medida en que cada uno es también otro para los demás y para sí mismo. Por ello los testimonios son tan conmovedores y sinceros, la afloración del miedo, la rebeldía, la angustia, la agonía, la

inconformidad, la incertidumbre, el sentimiento de impotencia, la conciencia misma de irreversibilidad del tiempo, el anhelo de eternidad, la esperanza de una vida después de la muerte, la apropiación de los trozos bíblicos que refuerzan la fe y dan consuelo al afligido; en fin, todo esto son los elementos que intervienen en la aprehensión vivida del morir.

En las descripciones presentadas puede advertirse una relación muy clara entre los modos de morir y las formas de vivir, relación que no necesariamente implica una relación mecánica, sino que tanto la forma de vivir como el modo de morir tienen cada uno su propia especificidad, pero hay entre ellos puntos en común donde salen a relucir necesidades y situaciones prácticas, totalitarias, que tienen que ver con todo lo que envuelve al individuo no sólo aquí en la tierra sino en el más allá. ¿Qué quiero decir con esto? Que tanto el morir como el vivir son realidades producidas por las mismas relaciones sociales, por el mismo sentido práctico con el cual domesticamos la realidad; ese saber que llevamos siempre con nosotros, que es a la vez raíz y ligadura entre lo que somos y hacemos y lo que hemos sido y lo que hemos hecho, gozado y sufrido.

Morir/vivir es recordar selectivamente nuestros fracasos, nuestros triunfos y nuestras luchas; es un constante darnos cuenta de los pasos que hemos dado en la vida; es recordar a nuestros padres, a nuestros abuelos, a los líderes o pastores de la iglesia. Es la información organizada y reconstruida de lo que hemos realizado y soñado, de lo que pudimos y podremos ser y hacer. Ahora, si bien los creyentes pueden imaginar y esperar una forma de morir de acuerdo a su modo de vivir, esta no depende absolutamente de él, sino de Dios, el cual “de acuerdo a su misericordia” dará el momento y la modalidad de ésta, por ello es que si bien, no se tiene miedo a la muerte, sí al modo como se ha de morir.

Si bien, la muerte como proceso y como pensamiento, se quieren esconder cada vez más en las dinámicas sociales de nuestras sociedades, debido al empuje “civilizador”, “secularizador”; vemos que entre los pentecostales el discurso sobre la muerte aparece de manera frecuente, inclusive, se podría decir que la muerte es la que dinamiza, vitaliza y estructura el orden social. Preguntar sobre la muerte, es preguntar sobre el pasado, presente y futuro, lo cual no significa que este siempre presente, sino que se vuelve presente en la medida en que con ella se teje la esperanza, el imaginario con que el creyente analiza su pasado afianza el ahora y prefigura su futuro eternal,²⁰ al menos simbólicamente. Por ello es que las actitudes, experiencias y sentimientos que se generan tanto en el lecho de muerte como en el duelo, son atesorados y recuperados constantemente por los pentecostales, en forma de testimonios, donde se empalman la vida y la muerte con la interpretación bíblica, dando como resultado formas de morir y sus correspondientes modos de vivir. Es decir, son experiencias cotidianas que se llenan de sentido y significación en el curso de la vida, independientemente de cualesquiera que sean estas formas de vivir y morir.

En pocas palabras, hay una coidentidad, entre el que muere y el que vive. En este contexto, los creyentes distinguen cómo se hace más fácil la vida y la muerte para quien ha llevado una vida recta, ha hecho algo en la vida, aunque sea en su último momento, y por el contrario, cómo es más difícil para quien la vida la ha desperdiciado en vicios, cometiendo errores. Consecuentemente, la vida es una lucha contra el diablo y sus huestes de maldad, pero es una lucha, en la mayoría de las veces, victoriosa, donde el pecado, que origina la muerte es vencido por la redención de Cristo en la cruz y su resurrección, “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?...” *1 Carta a los Corintios 15:55*.

En cada uno de los casos presentados, vemos como los creyentes desacralizan la muerte, al ver la muerte física como un hecho real, al analizar sus causas y efectos, pero la vuelven a sacralizar al vestirla con el ropaje que su memoria colectiva y su interpretación

bíblica les da, predominando la concepción de una muerte dominada,²¹ “domesticada”, triunfante. Con lo cual, se resalta el proceso normal de todo creyente: vida, muerte y vida después de la muerte

Bibliografía

- Ariès Philippe 1987 *El hombre ante la muerte*. Editorial. Taurus Humanidades. México.
- Blanck-Cereijido, Fanny y Marcelino Cereijido 1997 *La muerte y sus ventajas*. Colección La ciencia para todos. SEP, FCE, CONACYT. México
- Elías Norbert 1989 *La soledad de los moribundos*. F.C.E. México
- McFaden, Susan 1995 “Religion and Well-Being in Aging Persons in an Aging Society”, en *Journal of Social Issues* Vol. 51, No.2, p.p. 161-175. University Wisconsin.
- Timothy, Johnson. 1995 “The significance of religion for aging well”, en *American Behavioral Scientist* Vol.39 No.2 Nov-Dic. Pp. 186-208. London.
- Rosaldo, Renato 1991 *Cultura y Verdad*. Edit. Grijalbo. México.
- Tomas, Luis-Vicent 1983 *La antropología de la muerte*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Tomer, Adrian 1996 “Toward a comprehensive model of death anxiety”, en *Death Studies*. No.20, Pennsylvania USA. Pp.343-365.
- Vázquez Palacios, Felipe 1998 “Los rostros de la muerte y el morir en familias pentecostales”. *Compugrama*. México.

¹ Investigador mexicano. Licenciado en Antropología Social por la Universidad Veracruzana (1980); Maestro en Antropología Social por la Escuela nacional de Antropología e Historia (1986) y Doctor en Antropología Social por la Universidad Iberoamericana (1996). fevaz@ciesas-golfo.edu.mx

² Hay otras palabras que los pentecostales usan al referirse a la muerte como: partida, sueño, castigo eterno, viaje al paraíso, descanso, llamado de Dios, entre otras.

³ Son dos los elementos más característicos de estas agrupaciones: a) el culto, el cual constituye el evento más típico donde se distingue un discurso emotivo, mezclado con alabanzas, testimonios, oración y glossolalia; y b) la visión apocalíptica en su teología. Por lo general, se organizan a través de una junta directiva y/o departamentos, concilios, organizaciones juveniles muy parecidas a las demás organizaciones denominadas evangélicas.

⁴ Así por ejemplo, se encuentran casos donde la madre y los hijos si son pentecostales pero el padre no, o donde los padres si lo son pero los hijos no, donde el hijo/a si lo es pero los padres, abuelos, tíos nunca lo han sido.

⁵ Para Tylor lo culminante es la vida y la muerte, donde el alma es el principio, el ánima.

⁶ Marx, decía que la religión debía ser eliminada, ya que el modo por el cual crea un mundo ilusorio y fantástico en el cielo subvierte la posición de quienes son explotados y alienados, impidiéndoles la posibilidad de trastocar del todo la situación.

⁷ Una ligera revisión de la literatura sobre el tema nos revelará de manera comprensible la íntima relación entre muerte y religión (Tomer: 1996, Timoty 1995, McFadden 1995, Rosaldo 1989).

⁸ La religión en términos generales ha recurrido sin cesar al miedo a la muerte, al juicio final y al infierno como instrumento pastoral y medio de mantener o conducir a sus fieles por el camino correcto. Tomas (1983:408)

⁹ Es como tener una póliza de seguro para la vida después de la muerte.

¹⁰ Véase Blanck-Cerejido (1997:13)

¹¹ Existen varias concepciones acerca de cómo será la vida después de la muerte, para unos, el creyente en Cristo, seguirá viviendo en otras condiciones diferentes, con un cuerpo santificado, para otros la única cosa que podremos llevarnos al abandonar esta tierra es el carácter, para otros seremos transformados en espíritus, otros, prefieren ignorar cómo será esta otra vida y dejan la respuesta en el nivel de un misterio de Dios, como una sorpresa que Dios les tiene preparada.

¹² Un predicador expresó que si la Biblia se perdiera, bastaría que este versículo bíblico existiera para que el hombre sea salvo.

¹³ Entre los principales reproches que se expresan al suicida están: que es tomar una decisión que sólo a Dios le corresponde; una afrenta hacia los que nos aman, particularmente a los padres que nos han dado la vida; es una falta contra la sociedad y en especial con el grupo religioso que ha invertido tiempo y esfuerzo en presentar el mensaje de salvación.

¹⁴ “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.” Carta los Gálatas 5:19-21

¹⁵ Desde el punto de vista pentecostal, la vida para el individuo “sin Cristo” es una enfermedad letal, la cual conduce a la muerte (terrenal y eterna); por ello, es necesario que el creyente de muerte al pecado a través del bautismo, para participar en su muerte en la cruz, para que tal como El resucitó de entre los muertos, así también nosotros vivamos una vida eterna. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí...” Carta a los Gálatas 2:20

¹⁶ Expresión empleada por los pentecostales basada en el evangelio de Lucas 16:22, designando la morada de las almas rescatadas después de la muerte, es decir, el paraíso. En este contexto, al igual que los judíos, los pentecostales piensan que será una gran felicidad llegar al cielo y ser bienvenidos por Abraham, Isaac y Jacob y todos los santos que con él y antes de él están reposando en el seno del padre Abraham.

¹⁷ En todas estas acepciones, el hecho de morir conlleva un tipo determinado de separación: física, espiritual, ideológica, que conlleva a una víctima, un cadáver, un excluido Thomas (1991:13).

¹⁸ Para construir esta tipología, utilice la metodología de Weber –su concepto de tipo ideal–, que consiste en construir objetos típicos, seleccionados de la realidad social, observando sus rasgos principales y sus diferenciaciones entre uno y otro, ordenándolos de tal modo, que nos permitan armar, comparar y generalizar el conjunto de elementos de la realidad que se observa.

¹⁹ Véase diversos casos en Vázquez 1998:8-12

²⁰ Hay que decir que la vida en la concepción pentecostal tiene una dimensión eterna, por lo tanto los planes y acciones que llevan a cabo los creyentes tienen esta perspectiva.

²¹ Véase Ariès (1987:171). En otras palabras, la muerte es temida, esperada, aceptada y trascendida colectivamente en un marco de júbilo, que compromete al creyente a hacer a un lado –lo más que se pueda– el dolor, la tristeza, a no pensar en el desorden, la destrucción, a no mirar la muerte como una separación de los que se aman, o el término de la vida; sino, como la llave que da acceso a lo santo, a la verdadera dicha.